

PLAKE TAXO

MEZCLADITO
LITERARIO
FLAMIN' HOT



PLAKETAXO

~ Mezcladito literario flamin' hot ~

Plaketaxo. Mezcladito literario flamin' hot.
Ediciones Krippykush, 2022.

Portada: Ediciones Krippykush
Ilustraciones interiores: Dora Navarrete
Maquetación: Inés de Antuñano
Selección, edición y corrección: Ediciones Krippykush

SE PERMITE la reproducción total o parcial
por cualquier medio físico o electrónico
sin fines de lucro y dando el crédito correspondiente
a lxs autorxs y editorial.

Impreso en la Ciudad de México.

*Finalmente lo he decidido.
No tomaré en serio a alguien
que no haya comido Paketaxo azul,
Paketaxo verde o Paketaxo morado
entre varios otros a la altura.
No tiene ningún caso. Tiempo perdido.
Y sé perfectamente que me quedaré solx.
Pero de eso pido mi limosna.*

- Proverbio tuitero

AVISO IMPORTANTE: Ninguna empresa o institución (pública o privada) se involucró en la planeación, convocatoria, edición, impresión ni en ningún otro momento de la realización de este proyecto. Las ideas del *Plaketaxo. Mezcladito literario flamin' hot* y de Ediciones Krippykush surgieron de manera espontánea e independiente, entre 7 amigxs, durante una gran noche de fiesta.



**PAKETAXO AZUL
(QUEXO)**

El Paketaxo azul es el Paketaxo de las despedidas

Ytzel Maya

“Is to be in love with blue, then, to be in love with a disturbance?”

Maggie Nelson, *Bluets*

Le pertenezco a la incertidumbre. Los fósiles de los dinosaurios no se encuentran debajo del pasto del jardín y los reyes magos no existen. Estas fueron las primeras decepciones que sufrí en la vida. El sentimiento de decepción vino acompañado de una afronta con la verdad: mis padres, sobre quienes el mundo se sostenía, me habían mentado. Una de las verdades se me reveló una tarde que me llamaron a su cuarto. ¿Tú sabes que nosotros dejamos los regalos de los reyes magos, verdad?, me preguntaron. Sí, ya sabía. Mentí. El mundo se me derrumbó por primera vez a los diez años.

Pareciera que en la infancia se nos dota de una amalgama pegajosa de certeza. Todo lo que nos digan las personas *grandes* es verdad. No hay duda de ello. Ni un ápice de sospecha. Conforme vamos creciendo se instala la decepción. Esa amalgama pegajosa termina por romperse. Ya no se sujeta al cuerpo. En algún punto algo se quiebra. Dudamos de todo y de todos. Ponemos en jaque las oraciones y las sentencias. No hay nada definitivo ni totalmente verdadero en el mundo de las personas *grandes*. Este es quizá el enfrentamiento más aterrador cuando nos asumimos adultas: dejar de asirnos a la certeza. Y quizá lo terminamos de entender demasiado tarde.

La decepción es el sentimiento que surge entre una o varias expectativas y la revelación de la realidad. Una

persona se había hecho una idea de algo, o esperaba algo de esa idea, y la realidad no la pudo sostener. Pienso en la decepción como imágenes bellísimas y lugares comunes (en mi defensa, los lugares son la única certeza a la que me aferro): una nube que se desvanece en la lluvia, el sonido de un tren cuando pasa y no se detiene, o la desintegración total de los átomos que no dan paso al vacío sino a la destrucción, por ejemplo, porque ¿a quién no le gusta romantizar, de vez en cuando, las cosas complicadas para poder resistir? Aquí le doy espacio a una premisa: el mundo no se conforma de expectativas sino de incertidumbres. La expectativa está más cercana a la esperanza y la incertidumbre a la inquietud. La primera es más *positiva*, se conforma de anhelos y de afectos felices, pero me niego a entender el mundo sólo con esa cara que nos sonríe forzosamente. Me dan pavor las certezas.

Es difícil entender los principios. Me atrevo a escribir que nadie llega con una total certeza frente a una historia. Nadie podría intuir con un principio cómo sería el final. Nadie podría asegurar: claro, yo ya me sabía esta historia. La posibilidad de la decepción no desaparece nunca. Es casi inevitable que las historias estén llenas de decepciones. La nuestra empezó con una foto (la primera). No me abrazas. Recargas tu espalda sobre mi pecho. Es mi cumpleaños. El primero que celebramos juntas. Vistes los colores de siempre. Pantalón caqui y playera negra. Es de las últimas veces que te voy a ver con el pelo largo. No me abrazas porque estás sosteniendo tu botana de fiesta favorita: un Paketaxo. Tampoco sonríes. Tomo la foto de ese instante. Fotografía es conferir importancia, escribe Susan Sontag. Nunca sonríes en las fotos.

En la foto, destaca el Paketaxo. Replicamos esa fotografía muchas veces más en otras fotografías.

No era cualquier Paketaxo, me explicaste en mi cumpleaños. Recuerdo algo de la historia de su creación: para no perder ganancias y, en su lugar, aumentarlas, la empresa productora de las papitas variadas decidió juntar aquellas que no se vendían por sí solas en una sola bolsa. Miscelánea del rechazo. El Paketaxo nació de la decepción. Y fue un éxito. El azul, decías, es el mejor. No recuerdo la explicación del porqué.

A la incertidumbre le pertenecen las despedidas. Para mí, esa botana de fiesta no sólo representa una manera de congregación y celebración frente a su figura ambivalente de alegría y repudio, sino de despedida. Todo principio tiene un final: otro lugar común. Pero me aferro a los lugares comunes porque tienen cierta verdad en su repetición. No me parece casualidad su color azul. En la foto es quizá lo que más destaca. Azul, siempre. Azul para las despedidas. *Ay, feeling blue*, otro lugar común.

La foto se perderá algún día entre los archivos muertos del universo digital. Ni en los finales existen las certezas. Le apuesto a esa posibilidad.

Sin título

Horacio Warpola

La carretera estaba mojada
Una lluvia torrenciosa había caído
Todo en el auto era un halo de hierbas
Hablarnos era crear dioramas en los vidrios

Pusiste una canción
La música correcta
El volumen astral

No se puede almacenar todo lo que va
pasando frente a nuestros ojos
Combinarlo todo mientras en la ventanilla
los animales del campo se multiplican
Hablar en el vapor de una carretera espejada
Intuyendo que las palabras pueden verse en la intimidad

Nos detuvimos en un Oxxo que era un oasis de neón
y era una pecera de colores y era un refugio empañado

¿Cuántos tipos de Paketaxo necesita la humanidad?
-Dijiste levantando un par de bolsas eléctricas-
Mil millones
-Te dije agitando un café en frasco-

Tal vez el mejor combo de la vida es lo que sucede
justo a tiempo
Meter la mano en la bolsa y sacar un crujito
Manejar con las luciérnagas de la Huasteca

Comenzaba a anochecer
La geosmina nos hizo suspirar

Antes de llegar al bosque devoramos el Paketaxo
Abrí la ventana para simular mi estupor
Y concentrarme en el momento

Juventud, falsa juventud, y Paketaxo

Guillermo Núñez Jáuregui

A un par de semanas de cumplir los cuarenta años decidí usar por primera vez, como síntoma claro de crisis, un par de aplicaciones para ligar en línea: Tinder (fundado en 2012) y Bumble (2014). Me enganché y decepcioné rápidamente, pero después encontré en ellas algo interesante (o tan interesante como el chiste ya medio gastado que cuenta Žižek a cada rato, sobre el café sin leche). En Bumble, descubrí, conviven la santurronería y la hipocresía, expresadas con códigos fáciles de adoptar (simétricos a la vulgaridad irónica de Tinder, que aspira a la desfachatez). Encontré en ellos un buen termómetro tanto de la moralidad puritana que sigue gozando de buena salud en nuestros días, como de las tristes maneras en que la gente intenta librarse de sus represiones sexuales. En cuanto a Bumble, no me fijé en cómo estaba formulada la cuestión del cigarro, en el cuestionario presentado para definir nuestro perfil, pero sí me llamó la atención la pregunta sobre el alcohol. ¿Bebes? Opciones: *a)* sólo en compañía; *b)* nunca; *c)* con frecuencia; *d)* no bebo y *e)* saltar. Indignado, decidí saltarme la pregunta. ¿Por qué me había indignado la pregunta? Porque, reflexioné, no parecía existir un grado de normalidad que fuera ajeno al “bebo sólo en compañía”. A veces bebo solo, en casa (una o dos cervezas, viendo la televisión). ¿Significa que bebo con frecuencia? Y si es así, ¿significa que tengo una dependencia con el alcohol? Decir que “no bebo” o que “no bebo nunca” parecen lo mismo, pero el “no bebo nunca” sugiere, también, el subtexto, “...pues estoy sobrio; si bebo, dejaría la sobriedad”. Después, molesto conmigo mismo, y al ver que en un perfil una mujer había puesto

que bebía con frecuencia, y eso me pareció simpático y honesto, regresé y puse “bebo con frecuencia”. Un día después, reflexivo, decidí que eso era más o menos meterme el pie (en una aplicación que incentiva conocer gente e invita a ser transparentes); así que volví una vez más y puse que bebía sólo en compañía, como un buen chico, y cambié mi estatura de 1.58 a 1.60. Odié Bumble.

Tinder, como ya dije, tiene gestos que parecen acelerar los encuentros y aspiran a eliminar las fricciones de las relaciones líquidas (no hay, a diferencia de Bumble, un límite -que yo sepa- de vistas de perfiles) pero también se les pasa la mano con sus animaciones irónicas que estampan o marcan rostros con el sello negativo, burocrático, pero burlón, “Nope”, o el afirmativo aunque despreocupado “Like”. Encontré sentido del humor en la aplicación (una mujer, leí en su perfil, regresaba a Tinder “para ver el nuevo catálogo de carnes”) pero en general, también, una sensación de soledad extendida. Y muchas, demasiadas, imágenes.

Mi algoritmo me presentaba a mujeres (y el ocasional hombre no filtrado) en un rango que iba de los 29 a los 44 años, en promedio. Excepto por algunos rostros híper-jóvenes, mi impresión también es que, además de la soledad, se percibía un deseo de esconder la edad. Varios de los perfiles que revisé insistían en que ya no querían perder el tiempo, pero sobre todo se presentaban subrayando características juveniles (buen humor, cuerpos ejercitados, disposición y curiosidad). Por alguna razón esto me hizo recordar a un amigo, un filósofo de mi edad, en quien noté una reinención en los últimos años. De pronto, su departamento, como si fuera el set de un video de Bad Bunny, estaba siendo iluminado por leds de neón

que cambiaban de acuerdo a la música, alterando el ambiente pero nunca demasiado lejos de las versiones empobrecidas de los espacios imaginados por James Turrell. Luego, empezó a hacer TikToks. Era como una versión andante de un perfil de Tinder.

Fue en ese entorno, el departamento de este amigo, que comí por primera vez frituras desde una bolsa de Paketaxo (en su versión morada, Paketaxo® Xtra Flamin' Hot®). Como muchos otros mexicanos, las papitas (Sabritas, o Chips), han sido parte de mi dieta desde hace décadas (a un costo altísimo: un kilo de papas Sabritas sale en 333 pesos; uno de papa natural, a 10 o 15 pesos, si la guerra en Europa no altera el precio); lo cual es lo mismo que decir que me he dado bombas de sodio desde que soy niño, regularmente (el GMS incita el sobreconsumo). Desde hace rato también, a pesar del colorante carcinógeno caramelo IV, he tragado las versiones “extra picantes” de estas frituras. Bueno, ¿y qué?, me digo: de algo me voy a morir. Opera aquí más o menos la misma lógica que me permito con otros placeres (como el alcohol o las redes sociales) y que me ayudan a comprender cómo es que la gente fuma o consume algún estupefaciente.

La ideología del placer es más o menos compleja. La del Paketaxo®, en cambio, no. La verdad es que el Paketaxo® es poco más que una versión actualizada de los Sabritones. Lo siniestro, y a mi parecer censurable, es ese proceso de actualización. Si uno atiende a su publicidad (hay varios videos en su cuenta de Twitter), verá que hay una uniformidad entre la explotación nostálgica por los ambientes de neón, empalmada con los ambientes deprimentes pero sofisticados de la serie *Euphoria* o algunos videos de Kanye West. Pero, si se puede, el Paketaxo®, también atiende a la tensión existente entre la precariedad extendida en

la juventud latinoamericana... y su defensa orgullosa. El Paketaxo® dice: no he barrido, pero a oscuras y con luz de baja intensidad, no se nota. El Paketaxo® expresa: no tengo verduras en el refrigerador, pero sí caguamitas y frituras. El Paketaxo® nos recuerda: no tiene caso lamentarse por la falta de perspectivas financieras futuras sólidas, cuando la crisis climática hará refugiados de todos nosotros.

Lo importante aquí, me parece, es señalar que estos justificables temores de la juventud no tienen mucho sentido en personas que bordean ya la cuarta década. Entiendo que es difícil madurar (lo digo yo, que abrí Bumble a los 39), pasar de un momento a otro de una dieta de cerveza y cigarro, a una de cocina casera. Y aunque celebro que alguien ceda a los excesos ocasionales (una ingesta de nachos en el cine o frente al *torrent*, unos Rancheritos en el Oxxo, unos cigarros, unas cervezas, una compra lujosa), pongo en entredicho que lo haga a través de un producto ideado específicamente para hacer de ese gasto un *ethos* o un estilo de vida. Me molesta la transparencia ideológica del Paketaxo® porque, entre personas que ya deberían pensar mejor las cosas, conduce al autoengaño: inicia como una compra irónica pero termina en casos de cisvestismo. Ya lo dije: vi cómo un amigo cayó en los miasmas de ese ideario, y no creo poder recuperarlo.

La situación es sencilla. ¿Eres un chavo, camino a una fiesta, y quieres un Paketaxo®? Dios te bendiga mijo, nomás márcala a tus papás. ¿Estás en tus treinta, a punto de los cuarenta y te vas a comprar un Paketaxo®? Amigo, reconsidera tu vida.

Caldo primigenio

Martha Mega

entre los 14 millones de bits de información
que procesa por segundo la conciencia
de la morra cyborg
no se encuentra mi nombre

una cicatriz atraviesa su cabeza, baja por el cuello y se
le hunde en el esternón
¿hace cuánto no disfrutas que alguien te mire bailar?

(Todes bailan con las manos una música insonora)

(hace un mes
no abro la cubeta de la composta
que se fermenta en la azotea

dentro, como en toda fiesta, algo se degrada,
algo se reproduce, algo supura
entre microbios altamente receptivos y sensibles
inmunes a la lógica y al terror)

(Todes brindan)

los vasos acumulan labiales de colores
y en esta fiesta todes tenemos muchas cosas que con-
tar
pero no la posibilidad de deshacernos de lo sabe-
mos

el tatuaje de la morra cyborg brilla en la oscuridad:
“tampoco me gustan los animales porque se parecen
demasiado a los hombres”

todes se besan

(Todes se besan)

menos ella y yo
que somos amigas
de las que no se besan
aún

un cuarto lleno de moluscos
por hacer algo acaricio al gato de la casa
y el gato se queja
interrumpe la música
delata

esto es una historia de miedo

la orgía se detiene

(Todes callan)

un enorme organismo viscoso
nos mira
se asoman las hojas de los bisturíes

esto es demasiado y demasiado poco
tenemos el pelo húmedo, los zapatos en la mano
¿dónde vas a dormir esta noche?

Exterior: la calle

bajo las luces del módem en el cielo
lugares que sólo existen cuando se les invoca
todos los oxxos, mi oxxo
mi cápsula espacial, mi no-lugar
donde lamer los dedos llenos de sangre
o de polvo de paketaxo morado

*(Todes compran una chela para quien tienen a su
derecha)*

su led la verdadera light que never goes out
la única ventanita del amor

abierta para mí a las horas náufragas

*(Todes se degradan, se reproducen,
supuran)*

la sangre se forma en el lugar más oscuro del cuerpo,
dentro de los huesos
de la morra cyborg
uno pensaría que es una mejora del hardware
pero siempre se cocinan en la oscuridad
asociaciones gratuitas y repetidas
como las del caldo primigenio,
inmunes a la lógica
al terror

Larga pero no eterna

Josemaría Camacho



Ellos no saben que mi cuerpo es un molusco
que mi piel es una muralla contra el otro
que bad bunny lleva seis años muerto no saben
que me bebo la intuición de la ignorancia

Ellos no saben que a veces sueño con un barco
que quiebra en dos los cielos tibios
su enorme sombra cubre un imperio no saben
que no hay una bandera náutica que diga *me muero*

Ellos no saben que en ciertos ojos no son ellos son
ellos
que el paketaxo genera intoxicación alimentaria
porque concentra 300 miligramos de sodio no saben
en apenas treinta gramos de producto

Ellos no saben que nunca tuve un rostro que siempre
me dio miedo mi cuerpo desnudo que mis manos
son animales ferales no saben
que nunca he podido domar sus dedos

Ellos no saben que dentro de su ropa debajo
de su piel de su pelo y sus tendones habita
en silencio una misma muerte no saben
que su siesta es larga pero no eterna

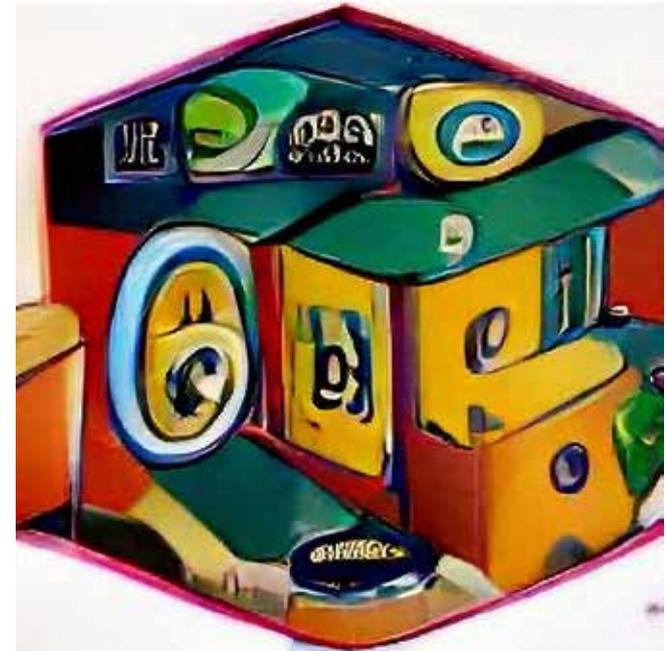
Ellos no saben que llevo meses disociado sintiendo
metralla y explosiones graves que mi cabeza
es una escopeta trabada no saben
que por debajo de la lengua corre el tiempo

Ellos no saben que no saben ellos
intuyen que los miro con recelo y vergüenza
que en sus rostros miro nada no saben
que en casa me espera un reloj vacío

Ellos no saben que en mi cabeza son palabras
vacías que se suceden y se olvidan apenas
cuando salen de mi boca no saben
que somos parte de un texto abandonado

Ellos no saben
que existimos como existe el lenguaje
que siempre somos ellos nosotros
en la boca de un yo que se ha ido

Ellos
no
saben
yo tampoco



**PAKETAXO VERDE
(BOTANERO)**

Pásame la hookah

Anaité Ancira

Regresar a la soltería a los cuarentaycasidos, después de una década de relación monógama (al menos de mi lado), dos hijos, una pandemia, y en tiempos de ligue con apps y redes sociales, es como llegar a una fiesta después de mucho tiempo de no haber ido a una, y encontrarte un... ¿paketaxo?, una bolsa de botana mezcladita con puras papas que no te gustan, pero que vas a terminar comiendo, en alguna fiesta-reunión, porque están en todos lados. Y si eres alguien como yo, que solo me gustan las chips, y de sal, a veces las de jalapeño. Que la última vez que conocí a alguien (con quien después me casé) fue en un bar, cuando todavía se ligaba en bares. Al principio puede ser como *y ahora qué hago? aquí no hay chips*. Pero el hambre, es. Así que en algún momento terminas probando lo que hay.

Cuando llegué a esa fiesta de malas botanas, me encontré que sobre todo, hay 3 vías de ligue, algo así como 3 paketaxos: twitter, instagram y bumble, o tinder, pero mi experiencia en esa app fue muy breve: salí con un vato que aunque me cayó bien y todo, no quise volver a salir con él. Y a la semana, de la nada, me llegó un mail diciendo que JAMÁS podría abrir otra cuenta en tinder. Nunca entendí qué pasó, según yo lo más que hice, fue hacer el ridículo, en mi perfil con fotos como de: si soy medio mamona, pero quiero coger, pero en realidad soy más ñoña, y no tengo ni idea de cómo se hace esto.

La cosa es que me funaron en tinder, y aunque a veces extraño la experiencia antropológica de pasar por las fotos de los perfiles, hay desde los que ponen fotos

con sus hijxs en su primera comunión, o con la novia/esposa, o fotos en una boda con varios amigos, para despistar, o abrazando una troca, o un delfín, los que ponen fotos de sus viajes, hasta en uniforme de federal me tocó ver, entendí la cancelación como un mensaje de mis guardianas, un ¡ey chica, ahí no es!, que seguramente me ahorró un mal rato, y en estos tiempos, eso es mucho decir. Entonces me quedé con bumble. De este paketaxo rescato las bios en los perfiles, son todo un género literario. Y aunque no es tan fácil ni rápido como se cree, si puedes encontrar alguien buena onda con quien coger un par de veces y ya, fuera de eso, es como el paketaxo de quexo, mucho de lo mismo y malo, como el queso que es quexo.

En twitter, que podría ser el paketaxo mezcladito, están los vatos que empiezan con likes, luego medio te tiran la onda por dm, también te siguen en ig, siempre ponen fueguito a tus selfies, pero nunca te invitan a salir, generalmente porque aunque no lo dicen, tienen novia, ajá, unos cheetos bolita. Luego están los audaces, generalmente cñoros, que de la nada te piden tu teléfono y/o te invitan a ir por un “mezcal cerca de tu casa”, algo así como los sabritones. Están los fritos, o los exes stalkeándose mutuamente. Y luego los que yo salvaría de este paketaxo, los vatos buena onda, que casi nunca tuitean, te dan muchos likes, sabes que les gustas, y que si no te invitan a salir, es por pura ansiedad social, pero son inofensivos, como los rancheritos.

En realidad es muy improbable que en twitter, el ligue salga de ahí. Para lo que creo que es mejor, es para hacer amigas, ahí he encontrado a queridas amigas que ahora nos acompañamos en la vida. Gracias, tw <3

La mezcla “extravagante, ardiente y divertida que prenderá tus sentidos”, el paketaxo xtra flaming hot o instagram. Aquí hay vatós que te ponen 100 en todas las stories (osea ¿quién usa ese emoji?) o fueguitos en todas tus selfies pero no te dicen absolutamente nada más, nunca. Ósea cheetos. También están los que encontraron en internet una guía de cómo ligar en ig sin parecer muy desesperado y a la story que subiste de tu taza de café, te responden algo como “hola, que tengas buen día, dónde trabajas?”, desabridos como los tostitos, así que no les contestas y después del quinto intento, se rinden. No como los sabritones que te responden a una selfie en tus stories, con algo como: ¿crees en el amor a primera vista o tengo que pasar por aquí más veces?, si por alguna razón decides seguirle el chat, tal vez tengan un buen sexteo un rato, hasta que te aburras. Luego, están los vatós que sí se la saben más al cachondeo virtual, los doritos 3d. Son los que recomiendo de este paketaxo. Una vez que le agarras la onda al sexteo o al videosex, puede ser muy divertido y desde la comodidad de tu casa. Sólo que como todo lo que hay en el paketaxo, seguro tiene muchas azúcares añadidas y mucha grasa saturada, ósea es probable que en la vida real no sea tan flaming hot. En lo personal, ig es lo que más me ha funcionado, el ligue puede ser chistoso, pero también cachondo, hasta medio tierno, es más espontáneo y tiene más posibilidades de pasar al mundo fuera de la pantalla, si es que no escoges a alguien que vive a 10 mil kms de distancia, porque también pasa, me han contado.

Pero sobre todo, lo que más me ha funcionado ahorita a mis cuarentaycasidos, a superar la depresión post divorcio, a superar el shock después de coger muchos

años con una misma persona, para volver a sentir ese no-se-qué-como-unas-ganitas-de-bellaqueo-de-tener a quien dedicarle unos versitos así:

*-papi, nos perdemo', nos parqueamo' y lo prendemo'
pa la seca algo bebemo' y cuando nos emborrachemo'
una de reggaetón ponemo' y nos vamo' a
donde nos podamos' querer]
nos podamo' comer-*

o de escribirle a un ex crush:

*-baby ¿qué más?
hace rato que no se na' de ti,
estaba con alguien, pero ya estoy free-*

O de que me tiren la onda con unos versitos así:

*mami, concédeme esta pieza,
no somo' na, no somo' na.
pero con un perreo se empieza,
no sales de mi cabeza*

Sí, es el reguetón.

Y no tengo pruebas, pero tampoco dudas, de que algo así fue en su momento escuchar “sabor a mí”, o “bésame mucho”, change my fuckin mind.

Paketaxo Mezcladito (botana surtida)

Ánuar Zúñiga Naime

yo más que una pregunta
tengo un crédito hipotecario
una pila de multas un diagnóstico
desfavorable ganas
de llorar en la oficina

más que una pregunta tengo
ansiedad los domingos
sensación de culpa
de que he olvidado algo
de que me falta algo
de que algo está roto
y es irreparable

más que una pregunta tengo
un vacío en el estómago
un miedo irracional a los insectos
una parálisis
ante la idea de la muerte

más que que una pregunta tengo
el paladar escaldado las encías
cortadas de masticar frituras
de llenarme la boca para no gritar
para no morderme la mano
para no rechinar
los dientes
en las reuniones familiares

más que una pregunta tengo
la espalda torcida
la boca seca

la sensación de tener
una bolsa de plástico
atorada en la garganta

El rastro del ángel

Atahualpa Espinosa

El primer sueño que tuve en el nuevo departamento fue bastante realista: había una ventana, idéntica a la ventana real y el mismo paisaje de fachadas alineadas en planos cada vez más lejanos, hasta que las últimas casi se confundían en la bruma. Alguien, que me intentaba vender el departamento, me dijo: “tiene una hermosa vista a la montaña”. Cuando le señalé el error, me respondió que se refería a la montaña de edificios.

Nos habíamos mudado porque la renta era barata, aunque antes de ser departamento eran cuartos de servicio de la azotea. La reconversión fue un poco forzada y el resultado era una serie de espacios sin una función clara, alineados como si el fin fuera complicar el paso de un punto a otro, más que habitarlo. Sólo había ventanas en un costado de la casa, que daban, sí, a la montaña de edificios.

Durante casi un año, el departamento se mantuvo sin cambios físicos. Lo único que le sucedía era que nos establecíamos poco a poco en él. Nosotros le sucedíamos, poco más. Nuestra vida se mantuvo a salvo de los cambios interiores que son precipitados por cualquier interrupción en la continuidad de los lugares que se habitan, hasta que comenzaron las obras en el lote contiguo: un edificio que vimos elevarse al paso de las semanas. Pronto, nos resultó claro que su costado de cemento crudo nos dejaría cercados.

Al final, en vez de la montaña de edificios, al asomarnos por las ventanas nos recibía un cubo de gris perfecto, salvo por la tapa, que tenía el color del cielo. La forma en que empezamos a relacionarnos con eso fue la de cualquier persona sensata: ignorarlo,

olvidar el paisaje anterior, creer que la vida exterior sólo transcurre cuando salimos a la calle y se cancela cuando entramos en el departamento.

La salida de esa prisión sensorial llegó gracias a un paketaxo. Fue en una fiesta catártica, principal hábitat de los paketaxos. Al departamento llegó una amiga no identificada (entre algunas otras personas; era una fiesta de cumpleaños) que tomó alcohol a una velocidad sólo comparable con la que se comió un paketaxo entero. Antes de que llegara la hora de las brujas, la amiga no identificada se asomó al balcón y vertió el contenido de su estómago.

Me habría olvidado del hecho de no haber sido por el resultado. El cubo gris ahora estaba alegrado por un ribete color naranja, de cinco pisos de largo, como el rastro que habría dejado un ángel fosforescente al bajar hacia la tierra. La intervención de la amiga no identificada volvió imposible la ceguera aprendida, al menos durante los días que sobrevivió el color naranja. Ese tiempo bendijimos los colorantes radioactivos del paketaxo y el glutamato monosódico, que ayudó a mi amiga no identificada a tragarlo por completo.

I'm (Not) Your Man

Guillermo Palafox



1

Si Leonard Cohen
hubiera conocido
los paketaxos amarillos
seguramente los habría preferido
por sobre los cheetos clásicos

2

Me gusta pensar
que el último libro de poemas
de Leonard: The Flame
lo escribió mientras se comía
un paketaxo morado

3

Tú y yo no volveremos
a escuchar juntos un disco de Cohen
pero siempre me recordarás
cuando después de un paketaxo azul
chupes tus dedos fosforescentes

Lecciones de apreciación cinematográfica -y de la propia vida- un sábado por la tarde

Andrea Muriel

Oli dice que la mejor escena
de *El resplandor*
es la del hacha destrozando la puerta del baño
Diego dice que es la de Danny caminando con un
cuchillo y un
labial
susurrando *redrum redrum redrum*
tú recuerdas la escena de la tina en la habitación 237

ninguno menciona el laberinto
con la nieve acumulándose

volteas a verme, me das un beso
y me preguntas mi opinión
yo te pido
que me acerques la bolsa del paketaxo

agarro un sabritón
aunque nunca me han terminado de gustar
pues no me atrevo a terminarme los cheetos o los
rancheritos
que todos codiciamos
y mientras veo que Canek se toma su tiempo para
elegir la papita que más quiere
te digo que sí
que cualquiera de ellas es una obra de arte
y me gustaría que analizáramos las particularidades
de cada una de las escenas
en cuanto a la música y los efectos especiales

me sigues la onda y retrocedes la cinta
yo cierro los ojos en lo que la pantalla nos lleva de
vuelta al hotel Overlook
en lo que la nieve deja de caer en la escena final del
laberinto

me callo
que incluso ahora mirar esa escena
me paraliza el vientre
que sus paredes altas se repiten en mis sueños
que he estado ahí cortando enredaderas demasiadas
de mis noches,
que he escarbado con mis uñas para encontrar el rum-
bo a la salida
pero sólo logro hacerme pequeñita
perderme entre los copos de nieve
desde mis once
cuando la vi por primera vez.



**PAKETAXO AMARILLO
(MEZCLADITO)**

(1)

Diego Espiritu

para reconocer la existencia de un-alguien en una oración cualquiera, por ejemplo,

me gusta mucho el paketaxo

altere el orden sintáctico-semántico:

para *me gusta mucho el paketaxo*, **añada** al final de la misma *a mí*;

si tiene algún sentido, tiene, entonces, latente un-alguien:

me gusta mucho el paketaxo a mí

repita las veces que considere necesarias para “hacer” sentido

es decir, no es un yo quien gusta del paketaxo, sino el paketaxo mismo el que, por decirlo de una forma,

“es gustado”

me gusta mucho el paketaxo a mí

sea “el experimentante”: quiero decir,

haga explícita la relación ontológica de la oración;

diga, ahora:

a mí me gusta mucho el paketaxo

repita la inversión hasta que el sentido se torne intermitente,

esto es, hasta la saciedad semántica,

es decir, **x número de veces**:

a mí me gusta mucho el paketaxo

a mí me gusta mucho el paketaxo

a mí me gusta mucho el paketaxo

a mí me gusta mucho el paketaxo [...]

en realidad, es el paketaxo -azul sobre todo-

aquella cosa que es gustada bastante; **compruebe** lo anterior

al despojar el dativo *me* y dese cuenta -sin queso-

gusta mucho el paketaxo

no tiene en realidad mucho sentido

Sin título

Flor Villanueva

Pake

taxo

mezcladito

qué se sentirá ser un cheto/no está taaaan perro/los gatos mismos son una red flag/todos vamos a morir/está fueeeeeerte/yo también/está de la verga/a veces me dejo llevar por la pobreza/yo creo que ya me voy/qué chido/ *yo te doy lo que tú quiera' báilame en el tubo/ vamos antes de que cierren/Yo era ateo, pero ahora creo/yo te alcanzo*

265 caracteres

Paketaxo

Rayco Severiano

Quiero ser
la próxima misión
a cumplir:

morado,
verde,
amarillo,
azul,

el lenguaje,

como energía,
siempre [*Mr.*] *clean*,
siempre al *full*,
mutando

la nube de humo que pasa
como tormenta predicha,

bajón antiguo,

vacío,
chatarra,

azar y resignación,

detonante psíquico.

I'm sorry,
don't worry

las pláticas asémicas

no se escuchan
de tanto gritar,

sentimos los rasgos,
estroboscopio,
señas particulares,
la eternidad en un conflicto:

perreito,
como en los viejos tiempos.

Al rasguño,
cuerpos clandestinos,
y la dicha de poder decir:

hasta abajo.

Speed,

cualquiera
puede ser Ulises

como una
flama caliente
en *Ámsterdam*:

flow mexa

y la importancia
de nombrarse desde el viento,

pronombres cansados,
indefinidos,

sin restricciones,
hipervínculos.

Lo que se queda,

aquello que pasa,
el robo del siglo,
lo absurdo y abstracto.

Chalino Sánchez
al tonito norteño
y un grito ranchero

sorbiendo
mi respiración
de laberinto
en una roca,

se escalda la lengua
con un chingo de frituras picosas
y una michelada
que escurre por los colmillos,

me abochorno,

la técnica de la ignorancia
contempla el paisaje,

respondiéndole al todo,

es la rumba
una manera de migrar
al Marrakech,

síntoma:

despeinados,
nuevos,
desechables,

la matraca traca traca,
la matraca traca trá:

¡misión ruptura!

Algo se esconde en el cajón de la ropa interior

¿pensaran lo gatos de nuestros amantes que somos
siempre el mismo bellaco?

¿Qué inhalan mis enemigos al verme en la pista de
baile o de *Diyei?*:

el mundo,
preservativos,
verborrea,
el perfecto ardor.

Un montaje de cacofonías
e imágenes específicas
con sus probabilidades
multiversificadas.

Las vueltas
que da la vida
al ver la secuencia:

introspección,

el lector que se vuelve escritor
con aguas locas
y luego *performancea.*

Las fuerzas del mal,
tu destino malacopa

brutalmente abducido
por la semiótica de los aliens

atreve te te te

mientras una mariposa muere
sometida a sus usos y costumbres,

¿qué dirán los antropólogos?

los cabecillas de las mafias,
los desvelados,
los antropófagos,
Akira en el *after*:

¡Una pinche pedota!

Bajo el peso
del recuerdo,

las monas, toques y ajos

montañas de bibliografía,
refutando: *el fifian*,

la coincidencia histórica:

aliteraria,
género,
clasificación,

¿a quién se lo debemos?

Hagan la vaquera.

Salado,
enchilado,
acidito
y de queso.

Todo sale
más caro
en el OXXO,

robemos juntxs

y luego,

nos damos
un beso de tres.

Piedra

Rubén Cantor

19 de agosto de 2019

El Oxxo de la calle Francisco I. Madero, casi esquina con la calle Régules, amaneció vandalizado. Mi perro no ladró en la escena del crimen, prefirió voltear al otro lado de la calle. Yo sí miré fijamente. Una piedra quebró el cristal que da a los paketaxos, la piedra estaba ahí, cubierta por un halo de cristales que parecían mágicos por la tonalidad que adquirirían al proyectarse la luz en las bolsas de los paketaxos.

—¿Qué pasó, joven? —llegó a preguntar un ciclista.

—Ni idea. Mi perro y yo pasamos por aquí y ya estaba roto el cristal.

—Nadie se salva de la delincuencia. Está cabrón.

—Pero está raro, porque parece que no se llevaron nada.

—Tal vez sólo hicieron la maldad. Con permiso —se alejó en su bicicleta.

Me clavé un rato en la piedra y en los cristales tornasol, hasta que mi perro me exigió sacarlo de ahí. Le hice caso.

26 de agosto de 2019

El mismo Oxxo volvió a ser vandalizado. No rompieron el mismo cristal de la semana pasada, ese lo habían sustituido en cuestión de horas. El que apedrearon hoy fue el que da a los helados, del lado izquierdo de la puerta, los cristales que enmarcaban la piedra también brillaban en tornasol. Mi perro no ladró, volvió a mantener esa actitud huidiza, como si estuviera incómodo con algo.

Los policías llegaron a corrernos del área. No me atreví a preguntar. Alcancé a notar que la tienda no tenía productos desordenados o faltantes. Alguien parecía odiar al Oxxo, o tal vez al capitalismo. Mi perro se alegró de que los policías nos ahuyentaran.

3 de septiembre de 2019

Tercera pedrada. Hoy fue la puerta. Este Oxxo está salado. Mi perro pasó de la incomodidad al miedo, no me permitió fijarme con atención en la escena. No estuvimos más de un minuto y nos fuimos, no podía torturar así a mi perro.

En la tarde decidí ir solo al Oxxo y preguntar a la cajera.

—Tenemos la sospecha de que fue un tepo-rochín que duerme en un baldío a dos calles.

—¿Y qué es lo que se roba?

—Nada. ¿Usted cree?

9 de septiembre de 2019

Aún no puedo creer lo que vi hoy, más bien lo que vimos mi perro y yo. Por cuarta vez vandalizaron el Oxxo. Pero ahora la piedra no cayó al suelo. La piedra se mantiene estática en el aire, rodeada por ese halo de cristales tornasol. Solté la correa de mi perro por el asombro. Él acostumbra huir a la primera oportunidad, por suerte se mantuvo a mi lado. Lo malo es que me orinó los tenis.

El azul y rojo de la patrulla me cubrió el costado izquierdo. No pude voltear. Mi vista no se despegaba de la piedra mágica. Mi perro empezó a llorar. Las luces de la patrulla se estacionaron a mis espaldas.

—Joven, ¿qué está haciendo? —me preguntaron y no pude responder. Mi mano izquierda se

lanzó a la piedra y la agarró. Mi perro me mordió una pierna. Mi mano izquierda brillaba tornasol. Escuché un ladrido desesperado y mi cuerpo cayó al suelo.

—No nos dejó otra opción, joven. Manténganse en el suelo —alcancé a escuchar, con un dolor recorriendo todo mi cuerpo—. ¡Suelte esa piedra! —mi mano izquierda conservaba la piedra, con todo y el halo de cristales tornasol. Tenía sangre corriendo por el brazo. Me hice del baño y mi orina conectó con la de mi perro.

Sentí que mi cuerpo se elevaba poco a poco. Al verme levitar, mi perro huyó. Los policías intentaron sostenirme pero no pudieron. Mientras ascendía vi llegar al teporochín. Dijo una palabra y volví al suelo. Ahí me desmayé. No recuerdo nada más. Extraño a mi perro.

Observaciones y hechos sobre el Paketaxo

Bárbara González

Si es necesario que se los diga, tengo mi Sol en Cheetos, Luna en Cheetos Picositos con Ascendente en Crujitos.

Es muy sospechoso salir de una junta importante con los dedos color naranja Doritos, sobre todo si es una junta para pedir la paz mundial.

O que esta hoja esté marcada, en la parte inferior derecha, con la huella digital en los mismos tonos de queso. Prueba infalible de que algo no está siendo tomado en serio.

Puedes acusar a un fantasma de haberse terminado la bolsa si su sábana está manchada de naranja.

Una ilusión óptica consiste en comerte un Cheeto Puff y enchilarte como si fuera Picosito.

La gente te mira raro en los funerales si sacas tu Paketaxo, pero luego te piden. Sí, también hablo del muerto.

Mi bolsa azul Blue Origin metalizada brilla bajo la luz del Oxxo como una obra de Koons recién descubierta en Marte.

Los Cheetos Puff son como nosotros: tienen sueños, esperanzas y buscan la compañía de otro Cheeto Puff en las noches frías.

Mi manta de seguridad en los eventos sociales es permanecer a un lado de la bolsa de papas.

Nadie habla del cheeto con forma de elefante en la habitación.

Con el clima lluvioso, llegan las malas noticias: nadie trajo Paketaxo azul.

Si me como la mayor parte de la bolsa, no le hago daño a nadie, pero tampoco les hago un bien.

Quiero agradecer a cualquier persona que ahora esté en la tienda pensando en llevar una bolsa de frituras a casa de sus amigos. Lo agradezco bajo la mirada implacable de mi madre.

El Papa se asomará este domingo a la ventana de su habitación en el palacio Apostólico sosteniendo el verdadero cuerpo de cristo: un Rancherito.

En la Edad Media castigaban a los herejes que usaban el nombre de Dios en falso haciéndoles comer sabritones hasta dejarlos sin lengua.

Terrorismo COVID: Nadie en esta fiesta sabe que sólo vine a chupar todo el chile de los churrumais y dejarlos en el plato.

Cómo se pronuncia la palabra

Andrés Paniagua

paquetaxo

[paquetaxo]

paquetaxo

[paquetaso]

paquetaxo

[paquetažo]

paquetaxo

[paquetașo]

paquetaxo

[paquetașo]

paquetaxo

[paquetaôo]

paquetaxo

[paquetašo]

paquetaxo

[paquetačo]

paquetaxo

[paquetako]

paquetaxo

[paquetaeo]

paquetaxo

[paquetajo]

paquetaxo

[paquetaso]

paquetaxo

[paquetazo]

paquetaxo

[paquetashio]

paquetaxo

[paquetazhio]

paquetaxo

[paquetacho]

paquetaxo
[paquetasho]
paquetaxo
[paquetachio]
paquetaxo
[paquetazio]
paquetaxo
[paquetasio]
paquetaxo
[paquetaco]
paquetaxo
[paquetacso]



**PAKETAXO MORADO
(FLAMING HOT)**

Xtra flamin´hot

Paola Llamas Dinero

Recuerdo que hubo una fiesta.
Nunca supe si alguien vivía ahí,
ni por qué me habían invitado.
Olía a humo y humedad
alguien tomando fotos de rollo.
Las manos entraron a escena,
como en una película de Gaspar Noé
pero era la vida,
las manos sobre las bebidas rojas y azules,
kosako comprado en el 7 eleven.
Se resolvía en la pista de baile,
el crucigrama
de viajar sin un solo peso.
Dormir en autobuses
descansar bajo la misma noche
esperar en la estación la primera salida
del primer metro
a las 5:00 de la mañana.
Reggaetón del viejito
cosas quebrándose.
Las manos siguieron su recorrido
entre el humo,
los desconocidos
siendo felices,
las carcajadas son
muy molestas.
Las manos llegaron al centro de la mesa,
de quién era la casa
de quién la mesa
la comida,
la fiesta se llamaba
poesía joven mexicana,

una bolsa morada,
los dedos rojos
ahora la lengua.
Llenar el estómago
entre la felicidad
de los desconocidos.

Confesiones de una adicta al Paketaxo morado*

Mariana Ortiz

1. Nunca serán tan importantes el exceso de calorías, ni el exceso de grasas saturadas, ni siquiera el exceso de sodio. Los etiquetados están sentenciados a la indiferencia.

2. Abro la bolsa esperando que el chile me pegue en la cara. Ni siquiera lo espero, lo busco. Inclino disimuladamente mi cara a la apertura recién hecha y aspiro lento.

3. Aguanto cuantos estornudos vengan para no dejar escapar el sabor.

4. Si soy adicta, el Paketaxo se vuelve una droga.

5. Además de droga, un Paketaxo morado es buen tentempié.

6. Es sustituto de fracasos culinarios: por ejemplo, ante la incapacidad de mi madre para cocinar tantos tacos de guisado en el cumpleaños 60 del abuelo.

7. Acompaña también las ganas de despojarse de la elegancia fingida y el decoro molesto: al menos cinco bolsas de Paketaxo morado estuvieron en la peca de graduación de mi Facultad, sobre platos de unicel que se movían para un lado y otro como viajeros, lejos de las mesas con manteles blancos y vinos con etiquetas aburridas o nombres impronunciables.

8. Hay una ciencia que establece la manera están-

dar para comer cada una de las frituras. Primero, a lengüetazos para quitarle el chile; después, morder suavemente la estructura. Repetir el proceso con todo el contenido hasta vaciar la bolsa.

9. Chuparse los dedos al terminar es, casi, una obligación.

10. Limpiarse la mano en el pantalón, inevitable.

11. Si no se quiere compartir una bolsa con infancias demasiado insistentes, basta con decir: “pican mucho, te vas a enchilar”.

12. Un Paketaxo es obra inconclusa.

13. Tengo una necesidad insana por convertirlas en óleo sobre lienzo, salsa sobre papa.

14. Tengo dos mejores amigas: Valentina y Botanera.

15. Al contrario de lo que se cree, se puede prescindir del limón y de la sal.

16. Como adicta confesa, siempre tengo Omeprazol a la mano: pastillas sueltas en la cartera o un botecito todavía sin abrir en la mochila.

17. Hay que preferir la automedicación antes que la autoprohibición.

18. El Paketaxo flamin hot es la entrada a drogas más duras como un Sol Clamato para acompañar.

19. No hay forma más sincera del elogio (al Paketaxo)

que la imitación. Por eso coexisten otras marcas, otras mezclas.

20. Hubo un paketaxo antes del Paketaxo: cuando iba a la universidad, por ejemplo, en los recesos entre clases, pasaba por el puesto de papas a comprar una bolsa de naturales y dejaba que le pusieran de todo: limón, sal, Miguelito, Tajín, Maggi, Valentina y chamoy. Había quien, además de todo ese combo, pedía alguna excentricidad como cacahuates japoneses o Skwinkles dentro de su bolsita de papas. Esa combinación de frituras, dulces y salsas era lo más cerca que teníamos de mezclar, de imaginar nuevas combinaciones.

21. Hay algo en el Paketaxo que nos hace fugazmente felices: se llama glutamato monosódico.

22. ¿Será una especie de veneno?

23. Me hace un daño irreversible, eso es cierto.

24. Es un daño físico, inmediato y un tanto estúpido, si luego de tocar las papas me tallo los ojos. Solo ahí el Paketaxo me ha hecho llorar.

25. Cargar con una cicatriz, cuando mis dedos índice y pulgar quedan manchados con una tinta rojiza que tarda varias horas en diluirse por completo, nunca es razón de vergüenza. Se porta con orgullo.

26. También con orgullo se llega a cualquier reunión o fiesta si se lleva un Paketaxo morado.

27. Las frituras son botana y cena que cuida el cuerpo:

las fiestas adolescentes se hubieran ahorrado congestiones alcohólicas y uno que otro susto parental, si hubieran servido bowls atiborrados de frituras tan distintas una de de otra, que absorbieran el líquido del cuerpo.

28. Luego de acabarme entera una bolsa de 215gr, viene la gloria eterna.

29. Las palabras *gastritis crónica*, *úlceras*, *cáncer de estómago* retumban en mi mente como un eco.

30. Puede que haya mentido en todo lo anterior, pero esta es una verdad: nunca puede ser demasiado chile.

***Este texto fue realizado con apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC).**

Una brevísima etnografía de la fiesta

Claudia Pamela Chavarría Machado

Dicen que se puede hacer antropología de cualquier cosa y bien lo entendí cuando una tarde me topé con un libro titulado “Antropología de la fiesta”, donde se hablaba no de la fiesta patronal de algún santo ni de ningún análisis simbólico de la celebración de alguna comunidad sino de la fiesta, fiesta pues, de la que sale cuando alguien pregunta si se va a hacer o no se va a hacer la carnita asada. Lo que tenía en mis manos era la tesis de doctorado de un compadre al que llamaremos Dr. Fiesta porque lamentablemente he olvidado su nombre y no encuentro registro del libro en la biblioteca, pero les juro que lo leí. El Dr. Fiesta por ahí de los ochenta, hizo su trabajo de investigación y no sólo eso, sino que se doctoró con puro trabajo de campo cazando fiestas y rescato una de sus memorables conclusiones de que vamos a las fiestas para impresionar y ser impresionados. Me pareció algo incómoda su aseveración dado que soy una persona que padece de ansiedad, pero me capturó por lo que puse manos a la obra y me di a la tarea de incomodar en las siguientes fiestas y de paso hacer mi tesis. Era el combo perfecto.

La tarea no fue nada complicada ya que la universidad ofrecía material de campo a manos llenas porque cuando menos salían dos días de fiesta a la semana. Así fue como en un trimestre conseguí información de 24 fiestas diversas: 12 de ellas en casas, 1 en un establo, 10 en las cocheras que después de las 14hrs se convertían en bares clandestinos; y una en una calle cerrada. Con gusto presento los principales hallazgos. El estudio realizado fue de corte transversal y las técnicas utilizadas fueron la observación participante,

la entrevista individual y grupal semiestructurada hasta alcanzar la saturación de la información o de alcohol. Se excluyen del análisis las fiestas familiares e infantiles ya que otras variables intervienen en el proceso de esos otros rituales.

El inicio de la fiesta es un punto poco concurrido ya que consiste en una lenta y a veces incómoda separación del individuo de uno de sus estatus sociales: estado de sobriedad. Entrada la tarde se llega a una fase umbral, liminal, cuando las personas asistentes comienzan a llegar por montones con insumos de bajo costo (porque estudiantes) acompañándose de cervezas de varias marcas y gustos pero llama la atención una constante: el paketaxo mezclado, esa amarilla envoltura que como un dorado tributo acompaña las transformaciones que va a experimentar el colectivo. El paketaxo como el símbolo de que una fiesta que va a ser cómoda porque hay botana de la comes con los dedos, que no hay necesidad de poner en servilletas, de que la luz se va a bajar y los chetos de bolita serán los primeros es desaparecer. Cuando los sabritones se han agotado sabemos que hemos transitado. El estado del sujeto ritual llega a un estado simbólico en el que tiene pocos o ninguno de los atributos de su estado pasado sobrio y su futuro intoxicado está en (des) composición. Terminado este proceso al día siguiente se lleva a cabo la reagrupación del individuo con su anterior o nuevo estatus: crudo o cruda.

Ante los hallazgos y repetición de actos performativos de la fiesta, desafiando las conclusiones del Dr. Fiesta, considero corta la idea de que se va a las fiestas a impresionar y ser impresionado. Se va a la fiesta a transformarse y encontrar aliento en las cosas más pequeñas, como un cheto de bolita.

Paketaxxo

María Cob

Dos botellas vacías en el fregadero, una botella abandonada en el baño, junto al escusado, varias bolsas de latas de cerveza aplastadas en un rincón de la cocina, cuatro ceniceros llenos, bolsas azules, amarillas y moradas de paketaxos por toda la casa. Son tan coloridas que parecen lámparas chinas parpadeando entre el desorden. Dos mensajes de texto totalmente ilegibles en mi whatsapp, 4 llamadas perdidas del mismo destinatario, no conocía el número, pero aparecía nombrado en el directorio como (?).

La pantalla se ilumina y me muestra varias notificaciones de (?), me confunde, pero tengo tanto tanto sueño que no quiero hacer el ejercicio de pensar. Saco la escoba, el trapeador y los productos de limpieza. Despiertas. Te veo arrastrar los pies y escucho el ruido de pasar papel que hacen tus nuevas chanclitas. Estás despeinado.

—¿Está muy mal la casa?—preguntas.

Hago un gesto con la mano que por alguna razón arbitraria y misteriosa todos sabemos que significa “más o menos”. Tomas la cubeta y en menos de una hora terminamos la tarea que a medida que avanza se vuelve más minuciosa: plástico transparente de cajetillas de cigarros, ceniza detrás de los sillones, derrames de cerveza bajo la mesa, servilletas con lipstick en cada mueble. Alguien se había puesto a dibujar un mapa, lo recordaba entre los flashes de la noche, era el invitado de una amiga, nunca lo había visto. Un hombre muy alto, delgado, usaba unos lentes pasados de moda y unos calcetines fluorescentes, recuerdo que hablaba con varios invitados y les enseñaba alguna teoría a través del mapa que dibujaba. No supe de qué trataba

porque estaba muy ocupada haciendo bocadillos y escuchando sobre la última decepción amorosa de S, mientras ese grupito se veía cada vez más absorto en la misteriosa conversación.

Tú hablabas apasionadamente con H y J sobre y nunca te vi acercarte a ese círculo. Al recoger, encontramos el mapa dibujado en blanco y negro que parecía lleno de toboganes y caminos hacia lugares circulares. Era muy difícil comprender lo que estaba dibujado, pero al mismo tiempo daba la impresión de emular islas conocidas como en sueños. Te enseñé los trazos en la hoja tamaño oficio por ambos lados (me dio la idea de que ese sujeto era quizás un pintor profesional). Con la taza de café en la mano izquierda y el mapa en la derecha cavilabas sobre el dibujo. Terminamos de limpiar. En el mueble del baño encontré un reloj. Un reloj antiguo, pero no demasiado antiguo, parecía de los sesenta, tenía una correa de piel gastada y la carátula era similar a una concha, pero azulada. Era bonito, pero no me gustaba. Nos pareció muy raro y preguntamos por mensaje a varios amigos. Nadie lo reconocía. Desayunamos caliente y picoso y tomamos más café para terminar de despertar. Después sacamos la basura.

Esperen.

Aquí es donde todo cambia.

Abrimos la puerta del edificio para llevar la basura hacia el contenedor comunitario de la esquina. Ya no estábamos en la CDMX.

De nuevo.

Abrimos la puerta del edificio y ya no estábamos en CDMX.

Nos quedamos con la basura en la mano y los ojos de plato viendo que en vez de banqueta había arena y hacia lo lejos se dibujaba una ola.

¿Qué?

Salimos del edificio y en vez de pisar cemento se nos hundieron los pies en la arena. Salimos para ver nuestro edificio. Caminamos unos pasos, y alzamos la cabeza. Era idéntico. Idéntico pero anclado en medio de una playa. Grité. Tú no decías nada, pero habías palidecido al punto en que te pedí que regresáramos al departamento a respirar. Quizás estábamos drogados. Quizás alguien puso algo en la bebida. Nuestro departamento no daba a la calle. Me temblaban las manos. Ya en casa meditamos 10 minutos, luego miramos por el cubo del edificio y todo se veía como siempre. Acordamos ir a tocar a los vecinos y pedirles que nos ayudaran a cargar la basura para comprobar si estábamos alucinando. Tocamos los 8 departamentos y en ninguno abrieron la puerta.

Regresamos a casa. Prendí un cigarro. No queríamos volver a salir y encontrarnos con esa visión de nuevo. Junto al cenicero estaba ese reloj que ahora que me fijo hace un susurro al caminar de las manecillas. Lo tomé con desagrado y lo puse en mi oído.

Su tic tac tiene un ritmo diferente a los tic tac de todos los relojes. Como más lento. Como más rápido. Como desafinado. Me molesto más. Tal vez mi percepción está muy alterada. Pongo música. Suena “I feel love” y me hace sentir mejor. Tú, tirado en el sillón boca arriba, absorbo en lo blanco del techo no dices nada. Te dije lo del reloj. Lo pongo en tu oreja. Dices que

estamos enloqueciendo. Dices que debemos sacar la basura de la casa, que es irracional que estemos escondidos de un afuera que no existe. Llega otro mensaje del número (?)

Dice: “Ÿjîšvpèëùãöłók”

¡Harta! ¡estoy harta!, ¿Qué tipo lunático es este?

Llamo.

—“Atiende al paso de las horas y dime si pudieron entender mis regalos”.

—¿Quién eres?, ¿Qué regalos?

Colgó.

En ese momento como si de un cucú se tratara, el pequeño reloj anuncia el punto de la hora con un ruido de pato. En vez de un cucú, un pato. La situación es ya muy desagradable. Aviento al sillón hastiada el relojito.

Sin decir nada (los dos pensamos lo mismo), tomamos las bolsas de basura y bajamos. Abriste tú la puerta. El sol deslumbra pero hace aire helado. Nos tardamos unos minutos en reparar que de nuevo no es pavimento lo que estamos pisando. Es un bosque o una tundra o un sistema ecológico que definitivamente no es la CDMX. Temblamos, aterrados y sin abrir la boca, subimos las escaleras a toda velocidad ya sin las bolsas, no sé dónde las dejamos. Arriba, nos metemos al cuarto, pero antes tomo el mapa y sirvo dos copas de vino. Nos sentamos en la cama, uno frente a otro,

en posición de loto, con el mapa y el reloj en medio de nosotros, debemos comprender de algún modo lo que está pasando.

Alguien grita:
¡Corte!

Risas, otro trago al vino y nos abrazamos.

¡Corte y queda!, grita D— tiene una gran sonrisa.

Brindamos todos.

Estamos filmando el intro de la nueva serie que será el próximo éxito de Netflix, Se llama Neones, se desarrolla en CDMX, y sí, es sobre viajes en el tiempo.

Próximamente...

Capita pegajosa de Paketaxo en los dedos

Irasema Fernández

Alguien se quería aventar del cuarto piso de mi departamento y yo tenía un Paketaxo en mis manos. Quién es ese borracho, pregunté. Ni idea. Ah. Metí mi mano a la bolsa y tantí hasta encontrar un crujito de queso. ¿Y esos que lo quieren bajar son sus amigos? Creo que sí, pero se van a caer, esa escalera está podrida. ¿Los conoces, Emma? No, ni idea de quién los invitó. Era común tener desconocidxs en la casa, no había filtros para entrar a mis fiestas. Tenía una terraza de 70 metros cuadrados en la Colonia del Valle, hacer fiestas era una responsabilidad social. Era mi manera de ayudar al prójimo y enmendar la vida contra ese dios que tanto me había traicionado. Antes de que empezara la fiesta, alguien me sugirió quitar la vieja escalera de madera que estaba recargada sobre la covacha. Ponla horizontal, no va a faltar quien se quiera trepar en la peda. No mames, ya somos adultos, Alex. Sí, pero van a venir poetas.

El hombre que atentaba contra su existencia estaba parado en la orilla del techo de la covacha. Si se aventaba no caería sobre el asfalto de la calle, sino que le daría espectáculo a los vecinos del edificio trasero. El tipo tenía un vaso de plástico rojo en una mano y con la otra se sujetaba de unas varas de metal que sugerían un quinto piso inacabado. Me acerqué un poco para verlo de cerca y lo identifiqué. Horas antes, él y el amigo que ahora le gritaba “no seas pendejo, bájate ya, güey”, se metieron a mi baño para orinar con la puerta semi abierta. Uno fue a la taza, para orinar de pie. Y el otro, para no interrumpir a su compañero, orinó en mi regadera. Casualmente yo estaba bebiendo con Luis a un metro de ese hombre y pude

verlo todo. Mi baño adquirió el carácter de mingitorio comunal, de antro, de calle. Esperé a que terminara de orinar. En cuánto salió puse mi mano sobre el pasillo para que no pudiera dar un paso más. Me sonrió y puso cara coqueta. Tú quién eres. Me llamó Julián ¿y tú? Me llamo *la dueña la casa*, Julián, y acabo de ver cómo te hiciste pipí en mi regadera, qué poca. Lo siento mucho. Limpia, le ordené. Le pasé una escoba, pinol y cloro para que tallara el piso y luego lo enjuagara con el agua de la regadera. Perdón, dijo de nuevo y lo dejé irse.

Emma, quien traía una botella de mezcal en la mano, me la canjeó por la bolsa de Paketaxo. Me serví un trago. Julián, el suicida, volteó a vernos. No mames que además de orinarte te quieres matar en mi casa, le dije en voz alta. La música estaba fuerte y fuera de nuestro círculo, nadie más en la fiesta se había enterado de lo que estaba pasando ¿Quieres un shot? Le extendí la botella. La tomó y se sentó. Me voy a poner más pedo, me dijo. Qué importa, le respondí. Pensé que sólo un suicida podría convertirse en un verdadero anarquista que orina y se mata donde quiera, sin pudor, sin importarle nada. Seguramente el hecho de que lo haya obligado a limpiar mi baño fue el detonador de que la vida y la sociedad de la hipervigilancia está sobre sus hombros, que para ser anarquista hay que estar en extrema soledad, valiéndose por sus propios medios, o muerto, porque sólo de esa manera a la gente dejaría de importarle lo que hagas o no. Pero este sinvergüenza quería suicidarse en una fiesta con cuarenta personas. Le extendí la botella y se lo dije: eres un anarquista bastante vanidoso, qué es eso de andarse matando en una fiesta. Pero si quieres hacer un verdadero espectáculo deberías aventarte desde el balcón que da a la avenida, digo, para

que valga la pena el escándalo y vengan los periódicos amarillistas.

El tipo hizo una risa irónica y me sonrió de nuevo. Bajó de la covacha con ayuda de sus amigos, cambió el semblante de su cara a uno de confusión, como regresando a su antiguo malestar. Te tienes que ir. ¿No me puedo quedar otro ratito?, es que no quiero llegar a mi casa. Prefiero que no, al rato quién sabe qué vas a hacer, me vas a salar las fiestas. Sus amigos le pidieron un Uber, pero ultimadamente tampoco los conocía y los corrí a todos. Además, si el tipo estaba por suicidarse, ¿por qué un amigo no se quedaba a dormir con él hasta que se le pasara la cruda? Julián, el suicida anarquista, se arregló los pantalones, tomó otro shot de mezcal de un trago y tomó la bolsa de Paketaxo. Comió las papas con lentitud, mientras sus amigos esperaban el uber y recogían sus cosas. Vi cómo se acumulaba una capita de queso naranja, en forma de guante, en tres de sus dedos. Amo esa capita pegajosa, concentra el sabor de toda la bolsa, siempre me ha gustado arrancarla con los dientes y esperaba que él hiciera lo mismo cuando la capita fuera suficientemente gruesa. Julián se percató de que lo observaba, nuevamente, a detalle. Se limpió los dedos en la ropa sin quitarme los ojos de encima y embarró el delicioso queso en su ropa. Pensé que era una tragedia pero, después de todo, él era una persona responsable, atenta y obediente. Qué infierno de vida ser un buen ciudadano.

Cheetos de ceniza

Emmanuel Vizcaya

Pienso en esta imagen:

7am con el sol saliendo
entibiando poco a poco latas y botellas
bolsas desbordadas de basura y vasos plásticos

la fiesta estuvo buena
todavía retumba en la memoria de los muros
el tremendo *bass* de Krippykush
repetido una y otra vez desde el Spotify comunitario
(a esa hora ya todos sabían la contraseña:
un trapecio terminado en diagonal a la derecha)

7am con el sol saliendo
entibiando poco a poco latas y botellas y de pronto
un paketaxo al centro de la mesa
abierto y solitario
que alguien sin notarlo usó de cenicero
un paketaxo aún de pie
torcido pero erguido
porque alguien lo sostuvo
con su propia base arremangada
un paketaxo abierto al amanecer
como una flor o un florero
ya un poco chicloso
como todos en la faz de esta tierra
en el último anochecer

pienso en esta imagen:

una bolsa a medio consumir de paketaxo y dentro de
ella
colillas de cigarro y corcholatas
cheetos llenos de ceniza

el fondo concentrando una porción de dos cervezas
y una servilleta anaranjada:
es la escena más conmovedora de la cruda

pienso en esta imagen:

nadie sabe que lo único que falta es un paketaxo
hasta que discretamente entra por la puerta
y el ciclo de la fiesta está completo

alguien abre el paketaxo
y suena a tope: sí señor
efectos especiales
yeh
yeh
yeh.



Esta plaquete se terminó de diagramar e imprimir en la Ciudad de México, año 2022, mientras tronaba la bocina con el poderoso Krippykush y nuestros dedos se ponían cada vez más anaranjados por el queso. Agradecemos profundamente a todxs quienes respondieron al llamado de esta convocatoria abierta. Sin ustedes, la fiesta no sería la misma.

Información nutrimental

Ytzel Maya	EDOMEX - 1993
Horacio Warpola	EDOMEX - 1982
Guillermo Núñez	CDMX - 1982
Martha Mega	CDMX - 1991
Josemaría Camacho	CDMX - 1979
Anaité Ancira	CDMX - 1980
Ánuar Zúñiga	CDMX - 1982
Atahualpa Espinosa	MICH - 1980
Guillermo Palafox	PUE - 1980
Andrea Muriel	CDMX - 1990
Diego Espíritu	GDL - 1990
Flor Villanueva	CDMX - 1995
Rayco Severiano	TEX - 1984
Rubén Cantor	CDMX - 1987
Bárbara González	???? - ????
Andrés Paniagua	CDMX - 1992
Paola Llamas Dinero	GDL - 1992
Mariana Ortiz	CDMX - 1994
Claudia Pamela	DGO - 1985
María Cob	CDMX - 1985
Irasema Fernández	CDMX - 1990
Emmanuel Vizcaya	CDMX - 1989

**EXCESO
DE TEXTO**

Ediciones Krippykush